La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 30 de marzo de 1908 — Núm. 1.370

BARCELONA.—CONGRESO DE LA «FEDERACIÓN DE SOCIEDADES PIRENEISTAS»

Los congresistas en el Tibidabo.—Fiesta celebrada en el Parque Güell en honor de los congresistas

(De fotografías de A. Merletti)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por E. Pardo Bazán. - *Barcelona. Congreso de la «Federación de sociedades pirineístas.»* - *¡Mr. Nailard!..*, cuento de Nogueras Oller. - *Galería de los Uffizi. Colección de auto retratos.* - *Actualidades londinenses.* - *De Marruecos.* - *París. La detención de Rochette.* - *Pruebas de aviación realizadas por Farman y Delagrange.* - *Espectáculos.* - *Problema de ajedrez.* - *Alegre*, novela ilustrada (continuación). - *Del Mombassa al Victoria Nyanza en ferrocarril*, por Carlos Allaud. - *Barcelona. El tren Renard.*

Grabados.—*Barcelona. Congreso de la «Federación de sociedades pirineístas.»* - Dibujo de José M.ª Marqués que ilustra el cuento *¡Mr. Nailard!* - *Retrato de la señorita X*, por Max Slevogt. - Nueve auto-retratos de arsistas célebres. - *Mister Pankhurst y Mrs. Drumond, acompañadas de Mr. Pethwick Laurence.* - *Los caídes de varias tribus presididos por Azaui.* - *Los caídes en el campamento del general d'Amade.* - *¿Vendrá?*, cuadro de F. Markam. - *Alegoría pintada por Herman Prell.* - *Raúl Enrique Rochette.* - *Farman y Delagrange.* - Cinco grabados que ilustran el artículo *Del Mombassa al Victoria-Nyanza en ferrocarril.* - *El tren Renard efectuando sus pruebas.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al cabo de los años mil, cae la humanidad en la cuenta de que los ratones son una plaga horrible, y se emprende con celo la *desratonización*, la extinción de los ratones y ratas, que infestan el mundo, y serían capaces de hacerlo odioso, aborrecible, á poco más que se multiplicaran...

Hasta Ligas y Asociaciones se fundan para perseguir á los ratones. Natural parecería á primera vista que las presidiese un gato; pero las presiden señores muy formales y conspicuos, médicos é higienistas ilustres, y el asunto no se trata en broma, sino en serio, completamente en serio, porque había llegado á adquirir proporciones alarmantes, y porque en los asquerosos roedores ven los sabios el peligro de la transmisión de los gérmenes patógenos, el vehículo de las epidemias y de los contagios.

¡Y si no tuviesen otro defecto! Para mí, y para mucha gente, tienen el de inspirar una repugnancia invencible. No somos excepciones raras los que preferimos ver el cañón de un revólver que nos apunta, á sufrir el contacto de un ratón. Es inútil que se nos hagan reflexiones diciéndonos que se trata de un bichejo inofensivo, que no nos ha de devorar, que no ha de atentar á nuestra vida, que huirá despavorido á nuestro ademán de amenaza. Es inútil, repito, que arguyan á nuestra razón contra nuestro instinto. El instinto es más fuerte, y se subleva. El chillido nervioso que arranca el ratón á personas por otra parte muy bien equilibradas, viene de las profundidades del sér inconsciente; es algo que revela lo íntimo, como lo revelan determinadas exclamaciones y movimientos, que el poder coordinador de la mente no ha logrado reprimir.

***

Nada tiene que ver con el miedo propiamente dicho esa grima especial que el ratón produce. El miedo es el sentimiento de un peligro, y el ratón no es peligroso sino en casos y circunstancias excepcionales. Léense y óyense relatos de personas devoradas por las ratas, como el de aquel guardia de un desolladero, que se quedó encerrado en un patio del establecimiento y de quien, á la mañana siguiente, sólo los huesos se encontraron; pero éste y otros sucesos de igual índole no suelen comprobarse de un modo efectivo, y puede afirmarse que tienen todavía menos ganas las ratas y ratones de medirse con nosotros, que nosotros con ellos. Su fuerza consiste en la repulsión que inspiran, y que tampoco siente el hombre por igual, habiendo quien hasta encuentra que los ratones son muy monos y graciosos, y que sus ojitos negros y vivos despiden una mirada hechicera. A los tales, ¡Dios les conserve el gusto!

***

Por fortuna, los sabios ahora vienen en apoyo nuestro; en apoyo de los débiles mortales que á la vista de un ratón ó una rata sufren hasta convulsiones de horror. Y se demuestra que el horror era justificadísimo, y que los animalejos antipáticos no en balde nos causaban tales impresiones. No sabíamos, pero presentíamos quizás, que con ellos venían el tifus, la peste bubónica, el bacilo H y el microbio X... Y tal vez el instinto de conservación era lo que nos arrancaba aquellos chillidos y aquellos esguinces de espanto pueril... Nos habíamos adelantado; se había adelantado nuestra espontaneidad á las investigaciones profundas de los laboratorios y á las salvadoras prescripciones terapéuticas. Condenábamos al ratón, porque nos daba en la nariz su misión fatal y destructora, su terrible y funesta condición de portador de males sin cuento, cogidos por un ratón acaso en la Indochina y comunicados á otros ratones hasta llegar á las mesetas ibéricas y soltar en ellas el gérmen maldito...

***

Lo que me desconcierta un tanto es que el anatema fulminado por la ciencia contra los ratones, alcance á los gatos también... Ellos, igualmente (aunque con mayor pachorra y de un modo tranquilo, pues ya se sabe que los gatos son apacibles y orondos señores), transmiten los microbios y los bacilos infecciosos de todas las marcas.

Siempre creí que el gato es el único medio de tener á raya al ratón. No digo de acabar con él: es probado que el gato destruye muy contados ratones; su papel es semejante al de la Guardia civil, que ni prende á los malhechores ni los mata, y sin embargo, refrena su osadía. Cuando el ratón observa que no hay gato, llega en su envalentonamiento á pasearse por vuestra habitación, á comeros la miga del pan con que acabáis de borrar un diseño, á roeros el libro que dejáis abierto sobre la mesa, y á creerse vuestro amigo, socio y huésped, domesticándose con espeluznante familiaridad. El gato, enroscado sobre un almohadón y ronroneando, evita que los granujas grises se permitan tales excesos; les recuerda la noción jerárquica y el respeto y consideración á que obliga... Confieso que me afecta tristemente este decreto científico adverso á los Micifuces, Zapirones y Marramaquices, á las Zapagildas y Miauras que alegraban, ya que no la vida, por lo menos el hogar, de pequeños con sus juegos, brincos y diabluras, de grandes con su pelo lustroso, sus ojos esmeraldinos y su ronquido de paz y contento. ¡Pobres gatos! Son mucho más fáciles de extinguir que los ratones. Si la ciencia les condena á muerte, yo les echaré de menos, y hasta el arte, que copiaba sus elegantes formas, vestirá de luto.

***

Ahora bien, ¿y con qué substituyen al gato los partidarios y propagandistas de la *desratonización?*

Me alegraría de saberlo, naturalmente para practicarlo, sin suprimir por eso á Micifuz. Porque todo hace falta; el mundo está muy ratonizado, y el desratonizador que lo desratonice, buen desratonizador será.

Supongo que los sabios no nos darán, por toda receta, el modelo de alguna ratonera, ó la fórmula de esas mantequillas fosforadas ó de esas pomadas de vidrio molido, que desde tiempo inmemorial vienen empleándose en la lid contra los roedores. Para este viaje en tercera no nos hacía falta gran equipaje científico. Algo nuevo nos dirán, y yo declaro que no sé qué es; leo y oigo que se proscribe al ratón, y pregunto: ¿cómo?, ¿de qué manera?, ¿por qué medios?

Los que hasta hoy conocemos tienen su eficacia, quién lo duda; pero eficacia muy relativa.

Uno de los menos usuales, es el cuidado exquisito de tapar agujeros. Conocí á cierto cónsul británico, que me decía en su jerga pintoresca: «Con mí no poder ratonsito. El abrir bujero y yo tapar bujero El volver abrir, yo volver tapar. El abrir aún, yo tapar aún. Cansarse ratonsito y largarse.» Y tenía razón el buen inglés. Los ratones no entrarían nunca en parte ninguna si no pudiesen roer y abrir esos boquetes por donde se cuelan. Y esta es una de las condiciones ratoniles más asombrosas. ¿De qué estará hecho el cuerpo de estos bichos, que cabe por la rendija más estrecha y por el orificio más diminuto? ¿Es que no tienen huesos; es que su cabeza se alarga y deprime, como un fideo ó un macarrón? No existe relación racional entre su tamaño y los huecos por donde pasan. Así es que por pequeños que los huecos sean, hay que taparlos y rellenarlos de modo que toda habitación esté maciza, sin resquicios entre sus junturas. Las malas construcciones, las casas desvencijadas y hechas cribas, son guarida de ratones, que desde allí pasan á otros edificios en mejor estado, para minarlos y acribillarlos igualmente. Y son nidos de ratones y ratas los desvanes abandonados y obscuros, donde se hacinan muebles en desorden, las cuevas mal ventiladas, los almacenes de leña y carbón, los graneros, todos los lugares donde se entra rara vez y son dueños del campo los roedorcillos, que pueden anidar y formar sus polvorientas madrigueras. En París, los Grandes Almacenes (Louvre, Bon Marché, Printemps) no logran verse libres de la invasión de ratones y ratas, lo cual es para descorazonar, pues allí el deseo de conservar la mercancía y los incalculables daños que los roedores ocasionan, despiertan el instinto de precaución y defensa, y además de los perros *fox terriers* y *bull dogs* amaestrados para combatir la plaga, hay brigadas de cazadores, que tienen obligación de cobrar y presentar diariamente un número señalado de piezas, un *mínimum* de ratones acogotados. Y sin embargo, la plaga no disminuye sensiblemente; siempre hacen estragos en los géneros riquísimos los roedores; su fecundidad y su audacia les aseguran el triunfo. He aquí por qué desearía yo conocer los recursos con que la ciencia pondrá coto á la peligrosa difusión de esos animalejos, que en la sombra pululan y crecen, que rondan de noche por calles y plazas, en París, así que la circulación de coches y gente disminuye, y que en los cuarteles, hospitales, colegios, cocheras, cuadras, hoteles—dondequiera que se hace vida en común,—abundan más todavía, por curioso fenómeno, que en las casas particulares. ¡Venga ese específico, venga ese conjuro, venga ese método racional de destruir á roedores de cuatro patitas..., ya que á los de dos ni el Sanedrín de todos los sabios juntos encontraría manera de extirparlos!..

***

Es cosa extraña que los ratones, tan repugnantes en su piel natural, den una piel admirable de suavidad y delicadeza después de curtida. Los que nos estremecemos ante la sola sospecha de la proximidad de un ratón, usaremos á veces guantes fabricados con su piel, y los encontraremos bonitos, finos y flexibles. ¿Será una leyenda ó será cierto que es en las alcantarillas parisienses —en esa ciudad subterránea, cuya red se entrecruza bajo las calles espaciosas y brillantes de la gran metrópoli—donde se cazan las pieles de Suecia, destinadas á cubrir las manos liliales y pálidas de las principesas y reinas de la moda?

Todo podrá suceder. Transformaciones más raras sufre la materia prima vulgar que luego se convierte en materia rara, costosa y preciosa. Llevar una rata sobre los dedos cubiertos de sortijas no molesta, porque no se piensa en ello; y sobre todo, porque ya aquella piel, adobada y amansada, no se parece al animalejo chillador y sucio de donde procede, como no se parece la seda al gusano, ni el encaje sutil al hilo moreno que colma el huso de la hilandera aldeana.

Y no digo nada si la moda llega á prescribir, no ya la piel despojada de su pelo, sino con él, para abrigos, manguitos y estolas... De seguro que nadie se priva de usarla porque sea aquella piel misma que albergó tanto gérmen pestilente y cubrió la carne de los roedores (carne que en los antiguos recetarios servía para hacer un caldo horrible, que con la mayor fe absorbían los enfermos de males cutáneos). Y quién sabe si ya alguna de esas pieles que rodean mórbidas gargantas y abrigan pechos de nieve no es el último despojo de un roedor, hábilmente adobado por un curtidor y ofrecido por Revillón á la insaciable sed de adornos nuevos de las mujeres.

EMILIA PARDO BAZÁN.

BARCELONA

CONGRESO DE LA FEDERACIÓN DE SOCIEDADES PIRINEÍSTAS

(Véanse los grabados de la página 217.)

Recientemente se ha celebrado en esta ciudad la continuación del Congreso de la «Federación de Sociedades Pirineístas,» cuyas primeras sesiones se habían celebrado en Perpiñán. Con este motivo han venido gran número de congresistas franceses, á quienes sus compañeros catalanes han obsequiado con varios festejos y excursiones á Montserrat y al monasterio de San Cugat del Vallés.

Acompañados por el alcalde y por algunos concejales é individuos de la Comisión de Bellas Artes, visitaron los museos de esta capital y terminada esta visita celebróse una recepción en el Salón de Ciento de la Casa de la Ciudad. Por la noche, en aquel mismo salón, el congresista M. Vidal, archivero de Perpiñán, dió una notable conferencia sobre la comarca pirenaica, acto que presidieron el señor cónsul de Francia barón de Bellisén-Benach, y el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, por delegación del alcalde, y al cual asistieron gran número de concejales y de representantes de varias entidades artísticas, científicas y literarias y todos los miembros del Congreso.

El domingo, 22 de los corrientes, celebróse en obsequio de los congresistas franceses un almuerzo en el Tibidabo, habiendo pronunciado en él elocuentes brindis el Sr. Torres, presidente del «Centre Excursionista de Catalunya;» M. François, delegado del Club Alpino de París; el cónsul de Francia; el concejal Sr. Rogent, que ostentaba la representación del alcalde, y los congresistas M. Vidal, conde de Saint Saud, Madama Tachard y Sr. Llagostera.

Terminado el almuerzo asistieron los comensales al festival de bailes catalanes organizado en su honor en el Parque Güell, que ofrecía un aspecto en extremo animado y pintoresco. Bailáronse sardanas y otras danzas regionales, y varios orfeones cantaron escogidas canciones populares, dejando aquella fiesta en extremo complacidos á los congresistas franceses, que en el expreso de aquella misma noche regresaron á su país, entusiasmados de cuanto aquí habían visto y agradecidos á los agasajos de que habían sido objeto durante su estancia en Barcelona.

¡MR. NAILARD!.., CUENTO DE NOGUERAS OLLER. Dibujo de José M.ª Marqués

El otro bote surca triunfalmente el mar, conduciendo á Alberta desmayada y á su inesperado salvador

Sopla una dulce brisa á estribor, y el buque corre sobre un mar ligeramente rizado y bondadoso.

Paséase el pasaje por la pulimentada cubierta, que brilla á los rayos del sol; hombres y mujeres vestidos con suma elegancia, deshácense en cumplidos tan afectuosos, que nadie creerá posible que una irrupción de la naturaleza baste para destronar las fórmulas altamente cívicas que imperan sobre cada individuo de este diminuto y flotante mundo aristocrático.

Figuran en primera línea la imponderable señorita Alberta; su padre, el grave y acaudalado comerciante Girón, que se dirige á Bilbao para reunirse con su esposa, y Mr. Nailard, el práctico y ejemplarísimo Mr. Nailard, hijo del difunto socio del Sr. Girón, y venturoso prometido de Alberta, que les acompaña para hacer *efectivo* su *ingreso* en la familia.

Nada debo objetar respecto de los que forman el distinguido resto del pasaje; vuestra imaginación, quizá más descansada que la mía, puede disponer libremente de todos y cada uno de los individuos que van á bordo del opulento transatlántico, y así me ahorraréis la difícil labor de cuidarme satisfactoriamente de la no menos difícil comparsería durante las cortas escenas de mi relato. Debéis concederme, empero, el particular capricho de que todos estén visiblemente intrigados por la suave tristeza que asoma, á menudo, en los ojos siempre espirituales de Alberta.

¿Está ó no enamorada de su novio? ¿Ha abandonado, quizá por fuerza, en algún florido rincón de la voluptuosa América, otro amor que crece á medida que aumenta la distancia?

Yo, que, como todo escritor, tengo el raro privilegio de penetrar en todos los corazones por muy cerrados que estén, os confiaré lo que he sorprendido en el de la señorita Alberta.

Pocos días antes de su partida, una noche al acostarse halló bajo su almohada una carta escrita en estos términos: «Va usted hacia el abismo de su infelicidad. Hay en el mundo otros ojos más ardientes que los de Mr. Nailard que se interesan y lloran por usted con la deliciosa ventaja de que son más grandes y nada tienen de parecido á los del mochuelo, como sucede con los de Mr. Nailard. Existen otros labios más rebosantes de besos perdurables que los fríos y vulgarmente burlescos de Mr. Nailard, con la no despreciable circunstancia de que son mucho más perfectos de línea y expresión que los notablemente abultados de Mr. Nailard. ¡Ah!, y sobre todo puedo asegurar á usted, señorita Alberta, que conozco un corazón más firme y soñador que el de Mr. Nailard. ¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..»

Alberta no pudo descubrir quién había dejado aquel sarcástico escrito bajo la sábana; sus sirvientas nada sabían; por lo cual tuvo que contentarse con esperar nuevas demostraciones de aquel misterioso sujeto que se le declaraba de una manera tan extravagante. Nada más recibió de él, ni llegó á sospechar quién pudiera ser. Sin embargo, aquella risa nerviosa que se descubría en la última frase de la carta había hallado eco en su corazón y le quitaba el sueño. Debía ser, por fuerza, un excelente caricaturista quien con tan pocas palabras había retratado tan bien á Mr. Nailard.

Alberta no estaba lo suficiente enamorada de su novio para que, una vez leído el anónimo, no reconociera en él los defectos citados, los cuales, justo es consignar, no eran bastante poderosos para destruir el concertado enlace, pues aunque la señorita Alberta comprendía que aquel matrimonio no era tal y como había soñado su alma, estimábalo regular, según las exigencias sociales. No tenía, por lo tanto, derecho á esperar más, ya que su corazón, únicamente interesado por sus padres, no había hecho elección alguna.

Con todo, aquel fatal escrito operaba un notable cambio en su manera de ser. Los pretendidos defectos de Mr. Nailard iban aumentando en su imaginación de mujer española de una manera alarmante, y más de una vez sobrecogióse de espanto al notar que maquinalmente, debido sin duda alguna á un fenómeno nervioso, soltaba una risa involuntaria, profiriendo sarcásticamente como si fuese el eco de una voz imperiosa:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Temió ser juguete de una voluntad cruelmente misteriosa y acabó por sospechar que aquella risa llegada de Dios sabe dónde, cambiaría su porvenir.

Por lo tanto no ha de extrañaros que al poner pie á bordo del veloz transatlántico experimentase una alegría análoga al fugitivo que supone recobrada su libertad. Se esforzaba en creer que el interminable canto de las olas ahogaría aquella risa. Así es que á pesar de sentirse ligeramente deseosa de saber quién era aquel misterioso enamorado, gozábase en la visión vertiginosa del mar, que iba subiendo más alto que la tierra á medida que el buque avanzaba...

Y ahora es cuando á mitad del viaje, casi á vistas de Coruña, están los tres sentados á cubierta, mientras sopla una dulce brisa á estribor y el buque corre sobre un mar ligeramente rizado y bondadoso. Hablan de amor y de poesía.

Nailard tiene la palabra:

—Los poetas, en su mayoría, son fatales para la humanidad. Dan un aspecto de sueño á las cosas más reales de la vida, y el hombre degenera al divorciarse del sentido práctico, al cual debemos someter todas nuestras acciones. El amor, por ejemplo, cuando no anda de acuerdo con las necesidades de la existencia de los cónyuges, cuando se eleva hasta las histéricas idealidades del alma, se hace imposible al cuerpo, y entonces es forzoso que éste ó aquéllas dejen de existir.

Cosa extraña, misterio incomprensible del corazón humano: mientras habla Mr. Nailard, la señorita Alberta sufre lo indecible. Como nunca, ha leído en los ojos, en la boca y en el corazón de su novio aquella sátira que en vano ha querido borrar de su pensamiento; como nunca, se halla acometida de un modo irrefragable por aquella risa que la persigue constantemente y más de un modo violento cuando está delante de Mr. Nailard.

En vano cierra los labios y se impone silencio; la risa retoza por su garganta magnífica y sale triunfante, sonora y atolondrada, con todas las inflexiones adquiridas en su largo cautiverio:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Y abandonando nerviosamente la *chaise longue*, se retira á su camarote riéndose á más no poder.

En este preciso instante, un joven que se pasea de babor á estribor vese obligado á detenerse para dejarla pasar, y ella repara en unos ojos y unos labios que nunca había visto tan cerca, y una vez en el camarote no acierta á pensar en otra cosa, quizá por la fuerza de la obsesión, que en el corazón del joven. Muy pronto se da cuenta, sin embargo, de la inconveniencia de su proceder respecto á Mr. Nailard, y corre á excusarse bajo pretexto de haber ido por un pañuelo.

En esto se declara fuego á bordo, con tan mala disposición por parte de la oficialidad del buque, que la locura se apodera de casi todo el pasaje, el cual, espoleado por el instinto de conservación, abandona en un instante todas las buenas fórmulas sociales adquiridas á fuerza de un sinnúmero de años, y cae sobre los botes, tablas y cinturones salvavidas, y á coces y mordiscos cada uno defiende su parte.

Nadie se conoce ni franquea el paso á nadie, según acontecía durante las horas de aristocrática placidez. Todo es tumulto espantoso y griterío que ensordece, y en este vivo, aunque pequeño apocalipsis, vemos escenas terribles, entre las cuales descuella en primer lugar la del Sr. Girón, que abrazando á su hija casi desmayada, intenta arrebatar con la mano que le queda libre uno de los dos cinturones que indebidamente defiende un sujeto.

Luchan los dos denodadamente. Sus ojos tan sólo ven el objeto que ambicionan y sus voces pronto se convierten en aullidos de fiera. Por fin, unos dientes se hunden en la mano del Sr. Girón y Mr. Nailard huye victorioso con su agilidad de egoísta. Alberta le reconoce, le llama; pero Mr. Nailard, cuando tiembla, no se acuerda de nadie, y abrazando sus salvavidas como un avaro su tesoro, se echa al mar.

Este ruin proceder despierta la cólera del grave comerciante, el cual, completamente cegado por la terquedad de la locura que desarrolla todo peligro inminente, salta tras de su yerno y quédase la señorita Alberta abandonada á una muerte segura, debida á un exceso de egoísmo y á otro exceso de amor paternal.

—¡Padre mío!.. ¡Mr. Nailard!.., grita desesperándose.

Pero también en este preciso instante, un joven que se pasea de estribor á babor—la única persona que se mantiene serena quizá,—detiénese ante ella, y soltando una carcajada estentórea, prorrumpe la sátira implacable:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Y ¡éxito natural, aunque parezca extraordinario!, por ser la única voz potente y serena, es acogida maquinalmente por el frenético tumulto de desesperados como un grotesco anatema, del cual no alcanzan el significado, pero que se impone como el sonido condenatorio de una trompeta del juicio final, y repiten la frase con verdadero furor, con la sonoridad de cien lenguas distintas, de una manera brutal é implacable:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

La señorita Alberta hubiera sido víctima de una avalancha de locos que se precipita dentro de un nuevo bote; hubiera sido arrollada y arrojada al mar, pero el misterioso joven la toma en brazos y la conduce á estribor, hacia donde se ha declarado el incendio. Es el lugar más seguro de salvación, pues el peligro, en casi todas las catástrofes, consiste no en la causa, sino en el caso de dejarse arrastrar por el tumulto, que corre ciegamente hacia un mismo lado, disputándose un mismo objeto. A estribor, entre la espesa humareda que lo envuelve todo, permanecen olvidados dos botes, uno de los cuales tal vez será pasto de las llamas debido al estúpido terror de las gentes. El otro bote surca triunfalmente el mar, conduciendo á Alberta desmayada y á su inesperado salvador...

Por fortuna, la tripulación logra sofocar el incendio, y en menos de dos horas, una vez recogido el pasaje, vuelve á correr el buque sobre la superficie de un mar que ríe, espumeando al sol.

Hombres y mujeres, sentados á cubierta, comentan el suceso y todos sin excepción, quizás para ocultar su falta de respeto y caridad al prójimo, pretenden haber llevado á cabo heroicidades sin cuento. Sin embargo, nótase entre ellos una extraña violencia. Cada uno avalora su propio embuste por la calidad de las mentiras de los demás, y hállanse atrozmente ridículos, temblando y secándose al sol. Precisa por lo tanto una víctima expiatoria, alguien que revestido del egoísta proceder de todos sea blanco de la sátira de todos, y así restablecer, por fin, la maltrecha sociedad de su pequeño mundo flotante.

—¡Un hombre al agua!, grita en esto el joven salvador de Alberta, mientras comparte gloriosamente con ésta y su padre.

El náufrago es subido á cubierta. Todo el mundo le rodea. Todos le reconocen y el azar le señala como víctima, puesto que su heroicidad consiste en haberse dejado salvar... Una voz de mujer, no digo su nombre, pero sí delato su garganta magnífica, profiere estas palabras: «¡Mr. Nailard!..»

Todos le tienden graciosamente la mano, y mientras lucha el infeliz por deshacerse de los dos cinturones que desvirtúan su reputación de hombre filantrópico, oye la ovación más delirante de su vida:

Retrato de la señorita X, pintado por Max Slevogt

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Sólo me falta decir que si bien Mr. Nailard desembarcó sumamente corrido en la Coruña y el señor Girón en Bilbao, la señorita Alberta y su gallardo salvador continuaron el viaje por el accidentado mar del Matrimonio, con rumbo á Paternidad.

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

XIII

Fernando Keller.—Nació en Carlsruhe en 1842. Residió durante su infancia en el Brasil, estudiando la pintura en la Academia de su ciudad natal y completó en Roma las enseñanzas que recibiera del profesor Canon. Considérase á este artista entre los primeros pintores de historia alemanes. Su cuadro titulado *La muerte de Felipe II* llamó poderosamente la atención del público en la Exposición Universal de París de 1867, obteniendo una recompensa el que representaba el *Incendio de Roma*, en la de Viena de 1873. A él se deben, entre otras obras, el telón del Gran Teatro de Dresde, el cuadro *Heros y Leandro*, de intenso efecto dramático, y varios retratos.

Francisco Podesti.—Nació en Ancona en 1810 y murió en 1895. Este artista, á quien puede asignarse el calificativo de meritísimo, ejecutó trabajos verdaderamente importantes, como lo son varias composiciones al fresco que decoran algunos salones del Vaticano. Distinguióse asimismo en la pintura de retratos, sin perjuicio de haber cultivado los demás géneros, ofreciendo un ejemplo de laboriosidad extraordinaria, puesto que produjo más de 400 cuadros y 350 retratos.

Alberto Pasini. — Nació en Busseto en 1826 y murió en 1899. Terminados sus estudios, fijó su residencia en París, en donde produjo la casi totalidad de sus obras, entre las que figuran algunos cuadros muy notables reproduciendo tipos y costumbres de los países de Oriente, que visitó varias veces este artista, debiendo estimarse las mencionadas obras como resultado de sus viajes artísticos.

Pedro Kroyer Severin.—Nació en Copenhague en 1855. Después de haber estudiado en la Academia de su ciudad natal, trasladóse á París, en donde concurrió al taller del pintor Bonnat. Siempre se ha distinguido como hábil dibujante, mereciendo citarse, entre sus obras más notables, las tituladas *Dafnis y Cloe, El sombrerero de un villorrio, Pescadores, El almuerzo de los artistas*, etcétera, algunos de los cuales fueron premiados en varias Exposiciones.

H. Henner.—Nació en Bernwiller (Alsacia) en 1829 y falleció en París en 1905. Desde muy niño demostró su afición y aptitudes para el dibujo, por cuyo motivo sus padres, modestos campesinos, colocáronle en el colegio de Altkirch, en donde hizo sus primeros estudios, que después completó en Estrasburgo. Algún tiempo después trasladóse á París, en donde ingresó en la Escuela de Bellas Artes, aprovechándose de las enseñanzas que recibiera del ilustre Ingres. En 1858 obtuvo el premio de Roma con la presentación de un cuadro en el cual pudieron apreciarse sus cualidades personales. Durante cinco años permaneció en la Ciudad Eterna estudiando las obras de los grandes maestros del Renacimiento. Los cuadros que envió al Salón de París de 1863 revelan sus grandes dotes de dibujante y colorista, que pudieron apreciarse más y más en los sucesivos envíos.

Entre las numerosas obras que produjo son dignas de mencionarse *Biblis convertido en fuente, Alsaciana, Idilio, Magdalena en el desierto, El buen samaritano, Náyade, Cristo muerto, San Juan Bautista, La tarde, Jesús en el sepulcro, Egloga, La fuente, Religiosa en oración, Andrómeda, Ninfa llorando, Fabiola, El levita Efraím ante el cadáver de su esposa* y *La casta Susana*, que se conserva en el Museo del Louvre.

Obtuvo varias recompensas, entre ellas la medalla de honor en el Salón de 1898.

A. L. Zorn. - Nació en Mora (Suecia) en 1860. Su nombre lleva aparejado un elevado concepto, pues ha logrado singularizarse como pintor, escultor y grabador, por cuyo motivo se le considera como uno de los grandes artistas contemporáneos del Norte de Europa.

Muy á pesar nuestro, no podemos consignar noticia alguna acerca de los artistas Miguel Gordigiani, Eilif Petersen y Napoleón Nani, ya que no hemos logrado adquirir antecedente alguno, por más que no hemos escaseado las gestiones para obtener el resultado que apetecíamos.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

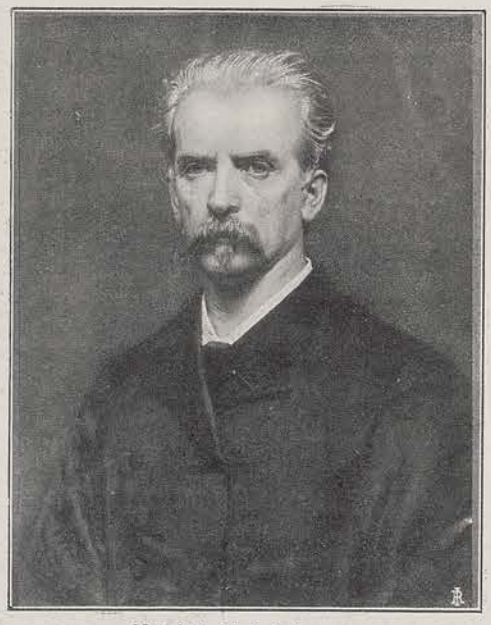
Fernando Keller, alemán (nació en 1842)

Miguel Gordigiani, italiano (nació en 1830)

Francisco Podesti, italiano (1800-1895)

Eilif Petersen, noruego (1839-1874)

Alberto Pasini, italiano (nació en 1826)



Napoleón Nani, italiano

Pedro Kroyer Severín, dinamarqués (nació en 1855)

H. Henner, alemán (nació en 1829)

A. L. Zorn, sueco (nació en 1860)

LÁMINA 13.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

ACTUALIDADES LONDINENSES. — LAS SUFRAGISTAS. — LOS MOROS DE EL-RAISULI

Mrs. Pankhurst (1), la heroína de la campaña de las sufragistas, y **Mrs. Drumond** (2), secretaria del comité de propaganda, acompañadas de **Mr. Pethwick Laurence**, uno de los más entusiastas partidarios de la causa del voto para las mujeres, dirigiéndose al banquete organizado en honor de la primera para celebrar su salida de la cárcel

Desde hace mucho tiempo agítase en Inglaterra, muy especialmente en Londres, la cuestión del voto femenino. Las *sufragistas*, que así se denominan á las mujeres que reclaman para su sexo los mismos derechos de sufragio de que disfrutan los hombres, no perdonan medio alguno de hacer propaganda en pro de su causa y ponen tanto entusiasmo en su obra, que no bastan á arredrarlas los medios coercitivos que en algunas ocasiones se ha visto el gobierno obligado á adoptar contra las más exaltadas.

Recientemente Mrs. Pankhurst, la heroína de esa campaña, y otras varias sufragistas fueron encarceladas por haber intentado penetrar en la Cámara de los Comunes y haber opuesto resistencia á la policía que quiso impedírselo, y en la cárcel han permanecido algunas semanas. Una de ellas, miss Vera Wentworth, llenó las paredes de su celda con inscripciones repitiendo la frase que es la consigna del partido, *Votes for Women*, lo que le valió un suplemento de condena. Puestas en libertad hace pocos días, sus compañeras organizaron en honor suyo, y en particular de Mrs. Pankhurst, la heroína de esa campaña, un gran banquete, en el que reinó mucho entusiasmo y al final del cual anuncióse haberse recibido la cantidad de 7.000 libras esterlinas, producto de una subscripción entre los partidarios del movimiento feminista. Y aquel mismo día celebraron un *meeting* monstruo en Albert-Hall, en el que, habiendo manifestado la tesorera que se necesitaban fondos, recogiéronse en pocas horas 115.000 francos.

Otro de los sucesos que actualmente despiertan la curiosidad de los londinenses es la llegada de doce moros que forman parte de las fuerzas acaudilladas por El-Raisuli. Explotando el interés que hoy tiene todo cuanto se relaciona con la cuestión de Marruecos, un empresario de la capital de Inglaterra ha enviado á buscar á unos cuantos marroquíes de los que siguen á aquel famoso agitador para hacerlos trabajar en un teatro.

Antes de su debut, fueron paseados en coches por las calles de Londres, llamando la atención del público, que no dejará seguramente de responder al reclamo, acudiendo á presenciar un espectáculo que, si no otra cosa, será por lo menos auténtico y original.

Llegada de los moros de El-Raisuli contratados por un empresario de Londres para trabajar en un teatro de aquella capital

(De fotografías del «World's Graphic Press».)

DE MARRUECOS.—SUMISIÓN DE ALGUNAS TRIBUS. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

Las últimas operaciones de las tropas del general d'Amade han tenido como consecuencia inmediata la sumisión de varias importantes tribus de Xaukas, Xiudmas y Ulad Seíd, habitantes en los territorios recientemente ocupados por los franceses.

Hace pocos días, el citado general acampó en la alcazaba de los Ulad-Seíd-Acachi, situada á algunos kilómetros de Settat, sin ser molestado por los marroquíes; y en aquel campamento recibió la visita de varios caides, al frente de los cuales iba el caid Azaui y que pidieron el amán.

También Muley-Hafid ha enviado emisarios á d'Amade en solicitud de que se permita el paso de sus mehallas por el territorio de los Xauías para pacificar á estas tribus, y protestando de que en modo alguno quiere guerrear contra los franceses. El general recibió cortésmente á aquellos embajadores, pero les declaró que no podía acceder á sus pretensiones ni aceptar la sumisión de los Xauías más que en nombre de Abd el-Aziz, único sultán reconocido actualmente por Europa. Además pidió á los emisarios hafidianos que dispusieran que sus fuerzas acampasen fuera de las líneas francesas, á fin de evitar rozamientos posibles entre las tropas de uno y otro campo. La doblez del pretendiente es bien manifiesta, pues por un lado envía embajadas de paz á los franceses, por otro apoya con sus mehallas á los Medraka y á los Mzab que, sin este auxilio, ya habrían sido totalmente derrotados.

Los caides de varias tribus presididos por Azaui y escoltados por un escuadrón de cazadores dirigiéndose al campamento del general d'Amade para pedir el amán ó perdón

En las últimas operaciones las tropas francesas han castigado duramente á un nuevo pretendiente que ha surgido en la región de Settat. El morabito Sidi Zerual, que así se llama y á quien los marroquíes han puesto el sobrenombre de Bu Nula (el hombre de la cabaña), ha logrado, predicando la guerra santa y anunciándose como enviado de Dios, reunir en torno suyo numerosos partidarios, en su mayoría pertenecientes á las tribus de Mzamba y Ulad-Seíd. El general d'Amade invitóle á que se sometiera, amenazándole, en caso contrario, con atacarle. Esta amenaza, de la cual, según parece, se rió el «hombre de la cabaña,» cumplióse el día 14 del actual, en que los partidarios del morabito, á pesar de su denuedo, sufrieron una tremenda derrota y su aduar, compuesto de mil quinientas tiendas, fué incendiado.

El día 17 llegaron á Casablanca el general Lyautey y M. Regnault, quienes conceptúan que la situación es excelente y que las operaciones realizadas por el general d'Amade han estado perfectamente dirigidas y dado resultados que permiten esperar, en breve plazo, la solución definitiva de los complicados problemas marroquíes.

Una parte de la prensa alemana ha adoptado en estos últimos días un tono poco favorable á la acción francesa en Marruecos; unos periódicos muéstranse alarmados por el avance de las tropas del general d'Amade y dan á entender que Alemania no puede consentir una prolongación ó ampliación de las operaciones militares; otros, adoptando otra táctica, se esfuerzan en demostrar que la situación de Muley-Hafid es mejor de lo que se supone, con lo que se proponen debilitar á Abd-el-Aziz y de rechazo á los franceses.

Pero el gobierno alemán, por boca del canciller Bulow, ha hecho el día 24 en el Reichstag declaraciones tranquilizadoras, manifestando que Alemania confía en la lealtad y sinceridad de Francia, que hasta el presente se ha atenido al acta de Algeciras, y en que pronto terminarán las operaciones militares en Marruecos, por el escarmiento que han sufrido las tribus hostiles á la acción francesa.—R.

Llegada de los caides al campamento del general d'Amade

¿VENDRÁ,? cuadro de F. Markam. (Exposición del Instituto de Pintores al óleo; Londres 1908.)

ALEGORÍA PINTADA POR HERMAN PRELL que figura en los salones de la Cámara de los Estados de Dresde

PARÍS. – LA DETENCIÓN DEL FINANCIERO ROCHETTE

En la mañana del día 23 fué detenido en su domicilio el conocido financiero Raúl Enrique Rochette, director del Crédito Minero, del Banco Franco-español y de otras varias sociedades mercantiles.

Rochette tiene treinta años y á los catorce era *groom* de un café de Melún; habiendo heredado 5.000 francos, fué á París, siguió los cursos de contabilidad y cuando se creyó debidamente preparado entró como dependiente en una casa de banca. Hizo esta casa malos negocios y Rochette, con 50.000 francos que le prestó un amigo, púsose al frente de la misma y de la Caja de las Minas, prometiendo salvar el negocio é indemnizar al poco tiempo á los clientes de las pérdidas que habían sufrido.

Muy pronto fundó sucesivamente el Crédito Minero é Industrial, el Banco Franco-español, la Sociedad de las Pesquerías de Islandia y de Marruecos, la Explotación hullera de Laviana, la Explotación hullera de Carbayin, las Minas del Valle de Arán, las Minas del Liat, el Sindicato Minero, las Minas del Nerva, la Sociedad del Mechero Heller y finalmente el periódico *Le Financier*, diario destinado á sostener todas estas empresas, de las cuales era director ó presidente del Consejo de Administración.

Algunas de las sociedades por él fundadas tenían sucursales ó agencias en las principales capitales de Francia.

En mayo de 1907, cuando Rochette parecía hallarse en el apogeo de su poderío, un ingeniero, M. Gadot, presentó contra él una querella por estafa, afirmando que el financiero se había apoderado del secreto de un contador de agua de su invención y había formado una sociedad para explotar este invento. Poco después en otra querella se le acusaba de una nueva estafa. Pero como ninguno de los dos asuntos se presentaba bastante claro, el tribunal no se atrevía á resolver, hasta que últimamente una nueva denuncia de M. Gadot fundada en hechos concretos y en la que se citaba á varios testigos en comprobación de los mismos, determinó el auto de prisión del financiero.

Desde entonces han surgido varias denuncias más y todo hace presumir que se trata de un *krach* de grandísima importancia que puede traer consigo la ruina de innumerables personas.

De aquí la emoción enorme que el hecho ha producido en toda Francia y en los más importantes mercados extranjeros. Y aunque Rochette afirma que todo lo que le pasa es debido á una venganza personal y que los intereses que le fueron confiados no se hallan en modo alguno comprometidos, la opinión casi unánime es que se trata de otro *affaire* digno de hacer pareja con el célebre de los Humbert.

El financiero Raúl Enrique Rochette,
detenido recientemente en París como acusado de varios delitos de estafa
(De fotografía de M. Branger.)

PARÍS. – PRUEBAS DE AVIACIÓN REALIZADAS POR FARMAN Y DELAGRANGE

Enrique Farman que en enero último ganó el gran premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos por haber recorrido en su aeroplano el circuito cerrado del kilómetro, hecho del cual dimos cuenta en el número 1.360 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha realizado últimamente otras pruebas con éxito aún mayor, puesto que el día 21 del corriente, en un ensayo artificial, salvó de un solo vuelo, en 3 minutos y 31 segundos, una distancia de 2.004 metros, y dos días después, en prueba particular, recorría unos 4.000 metros, dando dos veces la vuelta completa al campo de maniobras de Issy-les-Moulineaux.

M. Delagrange, inventor de un aparato muy parecido al de Farman, y que recorrió 1.500 metros el mismo día que éste ejecutó el vuelo de los 2.400, ha pretendido batir el *record* de su competidor; pero las pruebas que debían efectuarse, no pudieron hacerse por haberse estropeado una pieza de la maquinaria de su aeroplano, después de haber éste volado de 1.500 á 1.800 metros con varias viradas.

En uno de los días en que se reunieron Farman y Delagrange en Issy-les-Moulineaux, hicieron juntos en un mismo aparato un recorrido de 40 á 50 metros; en ese momento los representa la fotografía que adjunta reproducimos.

Farman ha pedido á la comisión de aviación del Aero-Club de Francia autorización para efectuar una prueba oficiosa, pero comprobada por individuos de aquélla, para batir su último record de 4.000 metros.

Cuando se piensa que en 10 de enero de 1906 se consideró como un triunfo para la aviación el salto de siete metros y medio ejecutado por el aeroplano *Santos Dumont*, y que en 13 de enero de este año se estimó como un suceso excepcionalmente memorable en los anales de la conquista del aire el vuelo del kilómetro de Farman; las últimas pruebas llevadas á cabo por éste constituyen un progreso verdaderamente asombroso y demuestran que ya no se trata de una proeza deportiva, sino de un gran paso en la solución de un problema en alto grado interesante, que el día, al parecer no lejano, en que sea resuelto definitivamente, convertirá la aviación en un sistema de locomoción práctico, más revolucionario aún que el del mismo automóvil, hoy última palabra del deporte.

París.—Farman y Delagrange efectuando juntos una prueba en el aeroplano en el campo de maniobras de Issy-les-Moulineaux, el día 21 de los corrientes. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Espectáculos. — BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El testament d'Amelia*, visión dramática en un acto y tres cuadros, inspirada en una canción popular catalana, letra de D. Luis Vía y música de D.ª Carmen Karr y de D. Juan B. Espadaler; en Romea *Aigües estancades*, drama en tres actos de D. José Puig y Ferrater; y en el Eldorado *La Modelia*, comedia en tres actos de Alfredo Testori.

Orfeó Català. – El notable pianista señor Vinyes ha dado un concierto en que tocó de un modo admirable piezas de Schumann, Chopin, Borodine, Liapounow, Fauré, Severac, Ravel, Flaurent, Schmitt y Debussy. El orfeón en un concierto extraordinario ha repetido la *Glossa* del maestro Pedrell, la escena de la consagración de *Parsifal* de Wagner y el *Magnificat* de Bach, obras todas magistralmente ejecutadas y que valieron entusiastas aplausos á todos los elementos, coros, solistas, orquesta y órgano, que en su interpretación tomaron parte.

Asociación Musical de Barcelona. – Tres conciertos más ha dado esta asociación durante la semana pasada: en el primero se ejecutó íntegro el poema de César Frank *Les Beatitudes;* el segundo estuvo dedicado á los compositores franceses modernos, D'Indy, Dupare, Bruneau, Fauré, Ropartz, Tiersot y Crocé-Spinelli, habiendo obtenido la orquesta, dirigida por el citado maestro Crocé-Spinelli, una serie de calurosas ovaciones. También las alcanzó en el concierto dedicado á Schumann, en el cual se ejecutaron el hermoso poema *Manfredo*, la *Sinfonía en re* y el *Concierto en la* para orquesta y piano, á cargo éste del distinguido concertista señor Lliurat.

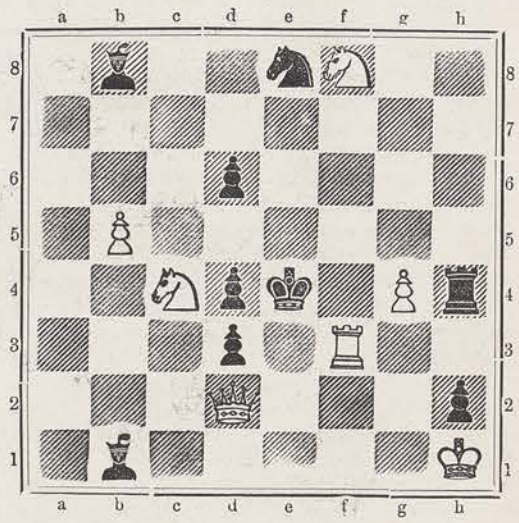
MADRID. – Se han estrenado con buen éxito en Lara *La escondida senda*, comedia en dos actos de los hermanos señores Alvarez Quintero; en Martín *Fenisa la comedianta*, zarzuela en un acto y dos cuadros, letra de D. Gonzalo Jover y música de D. Emilio G. del Castillo; y en el Cómico *¡Hasta la vuelta!*, sainete en un acto, letra del Sr. García Alvarez y música del maestro Calleja.

– En el teatro de la Corte de Munich se ha estrenado con gran aplauso una tragi-comedia titulada *Don Quijote*, letra de G. Fuchs y música de A. Beer-Waldbrunn. Dirigió la orquesta el célebre maestro Mote.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 491, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 490, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D f 2 – f 1	1. c 6 × d 5
2. D f 1 – a 6	2. A f 6 × d 8 ú otra
3. C b 6 – d 7 ó D mate.	

VARIANTES.

1..... A 1 6 × d 8;	2. C d 6 – c 4 jaq., etc.
a 3 – a 2;	2. D f 1 – a 1 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. C d 6 – c 4 jaq., etc.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Bd des Italiens.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)

El tío Jorge, mareándolo á elogios, lo empujó hasta la cama de Alegre

Alegre no tuvo tiempo de pensar en la cronología, porque la sangre le quemó el rostro y tuvo que pensar en la cara de angustia y de vergüenza que tendría en ese instante.

Una carota que asomó por la ventana, una carota tosca, ruda, franca y hermosa, porque tenía de todo, salvó la situación de Alegre, sin mejorarla.

Era el tío Jorge, que entró como un huracán, más feliz que un Sábado de Gloria, gruñendo, refunfuñando y echando trombas, que daba miedo.

Alegre tembló bajo las sábanas. ¡Éste sí que no se guardaba las palabras en el buche!

—¡Tromba, chiquillo, tromba! Buenos días, me alegro de verte vivo, que es mucho; ¡pues no ha sido calaverada la tuya! A medio geme estuvimos tú y yo y la chiquilla y Toño de averiguar á qué sabe el fondo de la mar.

—¿Toño?, preguntó Alegre tranquilizándose: en aquel tío Jorge más era el ruido que las nueces.

—Sí, Toño ó Antonio ó *el Lagartijo,* que había tenido más arboladura para la mar que una fragata.

—¿Sí? ¿Pues qué ha hecho?

—Poca cosa; lo que no se atrevió á hacer ninguno de esos marinerotes con más barbas que un chivo; casi nada: acompañarme para ir á buscaros, ¡tromba!, ayudarme en la maniobra, ¡retromba!, á bordo de una cáscara de nuez que bailaba sobre las olas de un modo espantoso; porque eso sí, ¡truenos y relámpagos!, elegisteis un día que sólo porque Dios es grande y porque Él hizo la mitad, hemos podido, no ya salvaros á vosotros, sino salvarnos nosotros mismos. ¡Tromba con las aventuras que me habéis hecho correr! Como no sea ésta la última, ya podéis olvidaros del tío Jorge, que el chapuzón que anoche me di por sacaros del agua no me lo daré otra vez, seguro; y gracias que Tell os sostenía; tú ya estabas tragando agua, y lo que es tu compañera..., vamos, la chiquilla tenía más de muerta que de viva.

Alegre no fué dueño de enfrenar su lengua.

—¿Y ella?, preguntó cerrando los ojos para no ver la sonrisa de madre Marta, ¿se salvó?

—¡Claro que se salvó! Antes me hubiera ido yo al fondo que dejar á ninguno de vosotros en el agua, ¡tromba!

Y el tío Jorge lo decía así, con toda llaneza, sin fanfarronería, como quien habla de darse un baño. Era la cosa más natural del mundo el dejarse comer por los peces, todo por salvar á un par de chiquillos con quienes nada le iba ni le venía. ¡Tromba si era héroe el tío Jorge!

—La que no pude salvar fué la *Gaviota.* ¡Pobre barca! Allá andarán sus astillas golpeando los arrecifes del Peñón si las olas no se las han llevado más lejos; gracias á que era fuerte como un trozo de hierro, no os tragó la mar antes de encallar; y ella ha sido la única víctima. ¡Tromba con la suerte miserable de la pobre!

Alegre habría vertido algunas lágrimas sobre el dolorido recuerdo de su *Gaviota,* si no lo hubiese atajado una avalancha que se precipitó en el cuarto y pasando por encima de Marta y del tío Jorge saltó á la cama del muchacho.

Era Teli, que no ambicionaba ni laureles ni elogios por lo que había hecho; se contentaba con las caricias que le prodigaba su amo á manos llenas, y con los sabrosos huesos que en la cocina le regalaba madre Marta.

Su gloria no le quitaba el sueño: había dormido diez horas como un justo.

Después entró Toño, medio avergonzado. El tío Jorge, mareándolo á elogios, lo empujó hasta la cama de Alegre, que lo abrazó con la veneración con que se abraza á un valiente. *El Lagartijo* era tan héroe como Tell.

El grumete estaba como sobre ascuas; de él todo el mundo le hablaba, pero ¿y de ella? El tío Jorge, al parecer, sabía poco ó nada. Madre Marta estaba en iguales condiciones.

Alegre estalló.

—Madre Marta, ¿puedo levantarme ya?

El caso era de pensarse. El tío Jorge examinó las rodillas, los pies, los brazos del niño por si había algo roto debajo de los paños de árnica que le habían aplicado; no había nada; todo se reducía á desolladuras más ó menos dolorosas, pero sin gravedad.

El negrillo obtuvo el permiso. Bebióse una taza de leche humeante y saltó de la cama.

¡Madre de Dios! Tuvo que ahogar un grito de dolor para no alarmar á madre Marta: no había nada roto en su cuerpo, según el tío Jorge; según el propio Alegre, no había nada sano.

No pudo tenerse en pie y se sentó al borde del lecho; la vista se le turbaba; la habitación bailaba á la *cáscara rueda* alrededor suyo.

Madre Marta lo dejó solo. El negrillo se paró de nuevo, y de nuevo se volvió á sentar; estaba quebrantado, molido, descoyuntado, desollado, hecho harina, como si le hubiera pasado una locomotora con cien vagones por encima.

A la larga pudo vestirse y salió al campo, tambaleándose como si tuviera roto el espinazo.

Desentendióse de una cáfila de admiradores de doce años para abajo, y se acercó al muelle.

Sólo allí se convenció de que faltaba la *Gaviota;* el sitio que de costumbre ocupaba estaba vacío. Volvió á sentir el mismo cosquilleo en el corazón y los mismos deseos de llorar.

Y lloró. ¡Pobre *Gaviota!* Se había ido sin que su dueño la prodigara una última caricia, sin que besara sus bordas flamantes. Desde que vió á Margarita se olvidó de la *Gaviota,* la *Gaviota* no se olvidó de él; tuvo celos y contó sus desventuras al río; el río contóselas á la mar, y la mar quiso vengar á su hija llevándose á la rival y al amado; pero la *Gaviota* no se vengó y murió salvando á su dueño. ¡Pobre *Gaviota!* Ni un remo quedaba de la dulce compañera de Alegre, en otros tiempos, cuando el corazón de Alegre era todo para ella. Sobre su tumba ignorada pasarían centenares de olas, lamiendo sus astillados restos y modulando su eterno *requiem.*

El grumete miró hacia el mar con los ojos llenos de lágrimas; parecióle ver á lo lejos la fugitiva silueta de su *Gaviota;* se iba para siempre á devorar sus celos en la mar, porque en la mar las amarguras del mundo son dulces.

—¡Adiós, *Gaviota!,* exclamó saludándola con el pañuelo; y añadió como si hubiera leído las páginas en blanco de su historia: ¡Adiós, *Gaviota,* espérame!

Ahora que no tenía bote y quería pasar el río para averiguar algo de su amiguita, estaba perplejo: no había más remedio que aprovecharse de cualquiera de las canoas ó botes que estaban amarrados al muelle. Entre todas se destacaba la *Bella Italia* como la más hermosa y la más grande; aún no había vuelto de Necochea la escuadrilla que partiera la víspera; á popa, como un gracioso apéndice, estaba amarrada la *Pequeña,* del tío Jorge; era la que más le convenía para pasar el río.

Alegre miró si alguien lo espiaba: estaba solo. Los chicos jugaban en la playa del mar: no lo verían. Acercóse é iba á saltar, cuando alguien lo detuvo por la blusa. Volvióse confuso y se encontró cara á cara con el tío Jorge.

—¡Tromba!, gruñó el pescador. Si no me engaño, querías largarte en mi *Pequeña* Dios sabe dónde, ¿eh? ¿Es ó no cierto?

Alegre, cerrando los ojos con ese modo encantador que tenía cuando se avergonzaba, balbuceó algunas palabras de disculpa. En el fondo estaba, más que avergonzado, furioso con aquella sempiterna tromba que venía á desbaratar sus planes.

Pero en el adusto semblante del marino había un malicioso pliegue frunciendo los ángulos de sus ojos, que dulcificaba aquella bronca fisonomía; el buen viejo estaba husmeando algo y sonreía...

—Alegre, Alegrito, dijo palmeando al chico, no te asustes, no pienso comerte, ¡tromba!; pero mira, le diré á madre Marta que estabas por escaparte de nuevo.

«¡Truenos y relámpagos!,» pensó el grumete, el desagradecido grumete. Precisamente la pobre mujer habíale recomendado tanto que no se fuera á ninguna parte sin pedir permiso...

—No, no se lo diga usted, suplicó. ¡Si no iba á hacer nada!

—¿Eh? ¿Cómo es eso? ¿Con que nada? ¡Si habrá rapaz! ¿Entonces crees tú que yo no tengo ojos?, ¡tromba!, ¿que soy un topo?, ¡retromba! Estabas por largarte en mi bote, tan cierto como que hay Dios; intentabas otra calaverada, y todavía quieres engañarme como á un bobo.

Esta vez Alegre no se enojó; estaba asustado de veras; el marino calló; había hablado con más brusquedad de lo que solía: en los hermosos ojos del muchacho temblaba una lágrima...

«¡Ya lo hice llorar!—dijo para su coleto.—¡Maldita, maldita lengua que dice todo lo que se le viene á la punta! ¡Tromba, con el bruto del tiburón que sólo sirve para hacer llorar á estos angelitos!»

Y añadió con la voz más dulce que un caramelo:

—Vamos, Alegre mío, no me creas; no creas que vaya á decirle nada á madre Marta. ¡Si no has hecho nada! ¿Querías pasar el río, verdad?

Alegre asintió con la cabeza.

—Bueno, yo te pasaré, aún no podrías remar tú, pero te llevaré con una condición.

—¿Cuál?

—Que me digas á qué ibas.

Y el tío Jorge lo miraba tan maliciosamente, que el negrillo sintió que la sangre le quemaba el rostro.

—A nada..., murmuró.

—¿Cómo á nada? ¿Quieres tú que vuelva á empezar? ¡Si me habrás creído tonto, tromba! O me lo dices, ó le digo yo algo á madre Marta.

Alegre no ganaba para sustos con el tío Jorge.

—¿No es verdad que ibas á la quinta?

—Sí.

—¿A saber de Margarita?

El muchacho cerró los ojos.

—Bueno, ahora te pasaré; pero me vas á decir otra cosa, cuando estemos en medio del río.

El tío Jorge saltó al bote, seguido del muchacho; desató la amarra é hincando un remo en tierra, hizo que la *Pequeña* se apartara de la orilla balanceándose. Era muy parecida á la *Gaviota*.

—Ahora me lo dirás; ven, siéntate aquí, á mi lado. ¿Tienes muchas ganas de saber de la chiquilla? ¿Sí? ¿Y de dónde tanto interés?

Alegre no respondió. El marino, tomándolo suavemente de la barbilla, murmuró á su oído:

—¿La quieres mucho?

El niño cerró los ojos.

—Sí, respondió.

—¿Y ella á ti?

—Yo no sé...

—¿De veras? Me parece que sí lo sabes. Bien, bien. ¿Has visto que no te iba á comer? Además, ya lo sabía.

—¿Lo sabía usted?

—¡Cómo no! ¿Habrías corrido la de ayer si no hubiera sido por ella?

—¿Y no se lo ha dicho á nadie?

—No, á nadie, chiquillo; yo me guardo los secretos en la bodega; y allí se pudren como no los saque el dueño; y tú eres el dueño de éste.

En la otra orilla el tío Jorge tomó de la mano á Alegre y se metió con él á través del parque, como en tierra conquistada.

Alegre, que no las llevaba todas consigo, por lo que pudiera tronar miss Fulton, regocijóse de aquella compañía.

Atravesaron todo el parque sin hallar á nadie; cruzaron uno de los patios, y sólo cuando llegaron al pie de la gran escalera de mármol encontráronse con el hijo del jardinero.

—¡Hombre!, díjole el tío Jorge. No parece sino que aquí no hubiera alma viviente, tan solo está todo esto; gracias á Dios que al fin se ve gente.

—Buenos días, tío Jorge, respondió el joven al exabrupto del marino.

—Muy buenos; y á todo esto, ¿qué dice la inglesa?

—¡Qué ha de decir! Gruñir en su lengua, cuando aseguramos que usted es un héroe.

—Y tiene razón; ¡qué he de serlo!

—Sin embargo...

—¡Psh! Lo que hice yo, cualquiera lo hubiera hecho.

—Sí, pero no halló quien lo acompañara entre los grandes.

—¡Claro! Porque nadie quiere á Alegre como yo, ¿verdad, chico? Y como allí no había que ganar..., ¡tromba! Nada, nada, habladurías, muchacho; por eso me gustan los ingleses, callados como unas carpas. En fin, al grano. ¿Y la niña, cómo está la niña?

—De cierto, de cierto no lo sé; pero no creo que esté mal del todo.

¡Ay! ¿Y así, con esa cachaza lo decía? Alegre temblaba de impaciencia; aquella charla le quemaba la sangre.

Una criada apareció en ese momento en el vestíbulo del *chalet*. Era Clara, una muchacha conocida del tío Jorge.

—¡Eh! ¡Clara!

—Tío Jorge, mande.

—Tú debes estar enterada. ¿Qué tal va la niña?

—Regular; hoy mejor que anoche; tenía fiebre, deliraba...

—¿Sí? El remojón, sin duda...

—Sí, el remojón y el susto y uno que otro golpe.

El viejo marino se puso al pairo; por último, abordó de frente.

—¿Y no podríamos verla, digo, yo y Alegre?

—¡Ah! ¿Conque es Alegre este chico?, exclamó Clara mirando al niño. Mire, á decir verdad, si la niña lo viera se curaba; no hace más que hablar de él...

El corazón del negrillo hacía ¡toc, toc, toc! con una fuerza que por poco se le saltaba, de gozo, de pena, de impaciencia.

—¿Y no podríamos verla?, se atrevió á decir.

—¡Imposible! Miss Fulton está furiosa; si entraran se armaría una muy gorda. Y me voy, tío Jorge, me mandan de apuro. Ya les diré si hay algo, descuiden.

—Bueno, me alegro que no haya nada malo; y dile á tu desdichada inglesa, que si ella hubiera estado anoche en lugar de Margarita, por mi parte se la comen los pescados, ¡tromba!

XXXI

CORAZÓN DE PADRE

Alegre sentía un malestar indefinible. Un cúmulo de ideas tristes se le había incrustado en el cerebro.

Su amiguita estaba enferma. La dulce niña no había podido resistir, como él, los horrores de la espantosa noche pasada en el Peñón de las gaviotas.

En su camita ya, adonde la llevaron los valientes brazos del tío Jorge, cayó en un delirio tranquilo, anunciador de la fiebre que empezaba á arder en sus sacudidas arterias.

La noche la pasó en brazos de Clara, la criada favorita. Miss Fulton, de pura corajina, había atrapado una terrible jaqueca y no quiso verla.

Sólo á las nueve de la siguiente mañana, revestida de su británica flema, tiesa, imperturbable, al parecer, fría como salida de una heladora, apareció la *miss* en el cuarto de su discípula.

La chiquilla no la necesitaba ya; estaba mejor á solas con Clara, hablando... ¿de qué podía hablar aquel angelito de diez primaveras? Hablaba de Alegre. Al despertar, su recuerdo voló á su amigo, al que cien veces la había salvado en una sola noche.

—¿Y Alegre?, fué el primer gorjeo del pájaro.

—¿Y quién es Alegre?

—¿No sabes?

—¡Ah, ya! ¿Tu amigo, el dueño de la *Gaviota?*

Clara no conocía á Alegre; oyó hablar de él la noche antes al tío Jorge; debía de ser un héroe aquel grumete, cuando así lo aseguraba el viejo pescador; pero la muchacha no estaba enterada á punto fijo de lo que valen los héroes, y se olvidó del nombre del negrillo.

—Sí, ese, el dueño del bote; sin él me hubiera ahogado, ¿sabes? ¿No lo has visto? ¿Estará sano?

Por el interés con que la niña preguntaba por él, dedujo Clara el que le inspiraría el muchacho; y aunque no sabía si estaba muerto ó vivo, no vaciló en mentir del modo más grato para su joven ama.

Tranquilizada ésta, no tardó en cerrar los ojos para caer en un sopor dulce y tranquilo.

¡Qué hermoso es el sueño de los ángeles! Margarita durmiendo era un ángel con los ojos cerrados. Su inocente imaginación, como un pájaro inquieto, no hacía más que cambiar de jaula. Volaba del mundo real al mundo de los sueños. Y ganaba en el cambio. Las realidades de sus sueños eran de oro; en ellas no había cobre, como en las realidades del mundo.

El sueño de Margarita era tan dulce que Clara la creyó sana del todo.

Pero el infalible termómetro de miss Fulton acusó un aumento anormal de temperatura. Tenía fiebre; sus mejillas encendidas y su frente ardorosa corroboraban el fallo del termómetro.

El delirio afirmó lo mismo una hora después.

Y mientras tanto, Alegre, clavado en el muelle de Cruz Chica, no hacía más que mirar hacia el *chalet*, como si sus ojos, dotados del don de traspasar las arboledas y las paredes, contemplaran á la niña tendida en su camita de colgaduras azules, como un cielo de primavera.

El tío Jorge lo dejaba estar; comprendía lo que pasaba en el alma del muchacho.

—Dejémosle; no se irá esta vez sin permiso; gato escaldado huye del agua fría; pero, ¡pobrecillo!, lo menos hace dos horas que está clavado en el sitio. ¡Tromba, si es bravo el mal que tiene! Mal de amores, como dice Marta; enfermo por una chiquilla de ojos azules, más linda que una brisa de popa; pero ¡qué diablos!, también el chico es hermoso; y si ella lo quiere, tiene mil veces razón; también lo quiero yo, sin que sea mi hijo ni mi novio; lo quiero como si lo tuviera incrustado en las entretelas del alma.

Y el tío Jorge, balanceándose y echando humo como un transatlántico, hacía rumbo á la casa de madre Marta.

—Marta, decíale, allí lo tienes á Alegrito encallado en el muelle, proa al Sur, atisbando lo que pasa en la quinta.

—¡Ah, tío Jorge! Cuando yo digo que la chiquilla le tiene á interés el corazón.

—Pues me gusta; mira si es linda la criatura; rubia como un sol que se levanta, con unos ojos más azules que la mar. ¡Tromba si es linda!

—Lo que digo yo; tiene muchísima razón en quererla, y si ella le paga...

—Me parece que sí, aunque él dice que no.

—¿Eso le dijo?

—Sí, eso me dijo; no pude sacarle una palabra más, y aun tuve que correr algunas bordadas, orzando, porque es vergonzoso y esquivo como un gamo, para sacarle la confesión de lo que él guarda para ella.

—Trabajo inútil, tío Jorge; hace tiempo que lo sé yo; como no me duermo en las pajas y sé que donde fuego se hace humo sale, en cuanto ví el humo en el desasosiego y en la impaciencia que hervía en el chico, busqué el fuego y le hallé en lo mejor de una siesta, lo pesqué llevándola en bote á la niña; me gustó, y desde entonces el camino de Alegre no tuvo estorbo; la cosa marchaba como sobre rieles. Lo raro es que en la quinta no hayan maliciado nada.

—¡Nada, nada! Esas gentes no tienen ojos más que para mirar por sí.

—Así es, y mejor que lo sea; pobrecitos, que se quieran; eso no es pecado.

—Pero temprano despiertan, ¡tromba! Mira que Alegre, aunque robusto y fornido como un mástil, no tiene más que doce años, y en la chiquilla los once estarán pintones todavía.

—Temprano es, pero no es raro. El pobre Alegre, hasta que dió con nosotros, había vivido sin más cariño que el de su perro; con nosotros pudo resarcirse de las hambres atrasadas de amor, pero sólo del amor de padres que le han faltado; mas ¿y el de hermanos? ¿Qué me dice usted, tío Jorge? Todos los chicos tienen compañeros de su edad con quienes jugar y á quienes querer, hermanos unas veces, amigos otras. Alegre no; el pobrecito no conoció hermanos ni amigos; tío Jorge, usted lo sabe, en el pueblo, entre los chicos de su estatura, no los ha encontrado, porque es más fuerte, más inteligente y más hábil que ellos, y en la playa se aborrece á todo el que por algo es superior y detestan á Alegre; él no los odia, porque es tan bueno que no sabe odiar, pero se ha vuelto huraño, no se junta con nadie porque nadie lo quiere. Ya ve usted que el terreno estaba abonado, sólo faltaba echar la semilla. Un día vió á Margarita; á la pobre le pasaba lo mismo; se aburría en su soledad, sin padres, porque los suyos apenas se acuerdan de ella; sin hermanitos, y en manos de una inglesa más seca que un pajonal. En cuanto vió á Alegre, por un lado la chispa, por el otro la yesca, se prendió el fuego.

—Y arde, ¡tromba!, y arderá: lo que me admira es que ustedes, las mujeres, adivinan cosas que á nosotros ni de lejos se nos ocurren.

—Cuestiones de corazón, tío Jorge.

A la tarde llegó Ludovico. Venía contento como unas Pascuas porque había realizado un espléndido negocio.

El tío Jorge, ayudándole á descargar lo que traía del pueblo, no le habló una palabra del suceso de la víspera. Se lo diría cuando estuviera seguro de alcanzar el perdón para Alegre; empresa delicada, como que tenía en contra la más linda embarcación de Cruz Chica hecha astillas en el Peñón de las gaviotas.

Padre Ludovico, entre regalos de menor cuantía, traía un corte de vestido para su mujer y un traje flamante de marino para el negrillo.

—¡Alegre, Alegre, ven acá!, gritó creyéndole en la habitación contigua.

Pero los vidrios de la ventana retemblaron inútilmente; Alegre no estaba por allí.

Sentado sobre un rollo de cables, mirando siempre hacia la quinta y envidiando á las golondrinas que en su fácil vuelo iban y volvían cien veces en un minuto del *chalet* al muelle y del muelle al *chalet*, no advirtió que la vela de una embarcación venía contorneando la playa con rumbo á Cruz Chica.

Era la *Parma* de padre Ludovico.

La vió sólo cuando se mojaba ya en las aguas del riacho; lleno de un miedo cerval al sólo imaginarse el gesto airado que pondría el buen marino cuando le contaran lo de la *Gaviota*, huyó á esconderse en el monte.

No volvió el rostro hasta que llegó á los primeros árboles; paróse, miró, y viendo que la *Parma* había atracado ya, entróle de nuevo un terror pánico y corrió hasta que sus piernas doloridas no pudieron más. Se dejó caer á la sombra de un *ombú*, y escondiendo su carita entre las manos se puso á llorar. Con las primeras lágrimas vínole sueño y se quedó dormido.

Y en tanto el tío Jorge busca que te busca al fugitivo en el pueblo, en la playa, en el fondeadero, en la *Bella Italia*, en la *Parma* y en cuanta embarcación había con bodega habitable. Ni rastros del muchacho.

—¿Y lo hallaste?, preguntó padre Ludovico, viendo regresar á su amigo cariacontecido.

—No; se ha hecho humo, ¡tromba!

—Andará en la *Gaviota;* no la he visto en el muelle.

—Puede que esté, pero por estos lados no hay ni señales de él.

—¡Cómo!, exclamó madre Marta afligida por aquella nueva desaparición y sin caer en cuenta de los planes del tío Jorge. Qué, ¿no está Alegre? ¡Hijo de mi alma, dónde se habrá ido!

—Andará en la *Gaviota;* ya volverá luego.

—¡Qué *Gaviota* ni qué niño muerto, si!..

Una señal del tío Jorge le cortó la palabra en los labios.

—¡Vamos!, dijo el marido mirándola. ¿Qué ibas á decir?

La buena mujer, sin mirar al viejo marino que le hacía señales desesperadas de silencio, sintióse incapaz de mentir esta vez.

—¿Qué ibas á decir, mujer?

—¡Que ya no hay *Gaviota!*

—¡Cómo! ¿Y dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

—Se hundió, respondió tristemente el tío Jorge, que no podía contener ya la despeñada conversación.

—¿Se hundió?, insistió el pescador cerrando los puños y golpeando el suelo con su pierna de palo.

—Se la tragó la mar anoche.

—¿Y quién tuvo la culpa?

Madre Marta se abrazó al cuello de su marido.

—¿Me oirás? ¿Me escucharás hasta el fin? Prométemelo.

—Bueno, bueno; escucharé hasta el fin; hasta el fin seré mudo; habla.

La buena mujer habló con toda la elocuencia de una madre que quiere rescatar á su hijo; de vez en cuando el tío Jorge la remolcaba. Toda la aventura del Peñón desfiló ante los ojos de Ludovico evocada por Marta y por Jorge. Algunas gotas de frío sudor corrían por la frente del marino. ¡Su *Gaviota!* ¡La niña de sus ojos!

La narradora iba á terminar; padre Ludovico escuchaba sin respirar para no perder sílaba; después respiró ampliamente como si le hubieran quitado una mole de encima.

—¡Eres un héroe, Jorge!, exclamó estrechando en los brazos á su amigo. Gracias; sin ti no tendríamos á Alegre.

—¡Psh!, murmuró *el héroe* sacudiendo la cabeza y dejándose abrazar. Eso y mucho más lo hubieras hecho tú, lo hubiera hecho cualquiera.

—Yo sí, porque quiero al chico como si fuera hijo mío; pero tú, que no eres su padre....

—¡Oh! ¿Y crees tú que yo no lo quiero acaso? ¡Tromba si lo quiero!

Y estrechó en fortísimo abrazo á su amigo.

—Bueno; ahora prométeme una cosa, Ludovico.

—Sí, sí, lo que quieras; dí ¿qué es?

—Que lo olvides todo, que olvides la *Gaviota,* que olvides la desobediencia, y que cuando venga Alegre le des un abrazo apretado y un beso en la frente.

¡Olvidar la *Gaviota,* la niña mimada de Cruz Chica! ¡Cómo iba á olvidar su *Gaviota!*

—¡Eso, eso; que no lo riñas! ¡Pobrecito, bastante dolorido está, tromba!

Venció la bondad.

—Bueno, bueno; ya que así lo quieren, así se hará; lo abrazaré y le daré un beso.

Y añadió en una explosión de ternura:

—¡Qué valen una *Gaviota* ni cien en comparación con mi Alegre!

—Sí, y á todo esto, ¿dónde estará el muchacho?; porque es lo primero de lo primero.

—Pues hay que llamarlo.

—No, hay que buscarlo.

—Pero ¿por qué ha de haberse escondido?

—¡Tromba! ¡Pues de miedo!

—¡Pobre chico!, murmuró padre Ludovico. ¡A buscarlo!

Y salieron los dos.

En la quinta no podía estar: ninguna embarcación había cruzado el río; todas estaban en el fondeadero. En la playa no estaba, en el pueblo no estaba, nadie sabía de él; no quedaba otra parte donde pudiera estar que el monte, tierra adentro.

Extendieron las pesquisas por la orilla del río, hacia la parte arbolada.

El tío Jorge marchaba delante echando trombas envueltas en nubes de humo. Padre Ludovico lo seguía hundiendo su pierna de palo en el tapiz de ramas y hojas secas que alfombraban el suelo y que se quebraban crujiendo bajo de ella.

No caminaron mucho. El tío Jorge había visto algo.

—Corre, Ludovico; pero ¡tromba! no hagas tanto ruido con esa pata que el diablo se lleve.

Y sin embargo, padre Ludovico no corría tan ligero como hubiera deseado.

Y valía la pena correr, porque era lindo el cuadro que contemplaron los dos pescadores á cuatro pasos de distancia. Alegre dormía tranquilamente, como si en su vida hubiera dormido, con un sueño profundo, entre las prominentes raíces de un *ombú* inmenso.

Alegre dormía tranquilamente, como si en su vida hubiera dormido...

—Anda, Ludovico, levántalo, pero sin despertarlo, á ver si lo llevamos á casa dormido. Pero deja, yo lo haré mejor, ya te lo daré.

El tío Jorge tenía brazos de madre para Alegre; lo alzó tan dulcemente que el chico siguió durmiendo como si lo hubiera alzado un hada. Pero tuvo que apelar á todas sus fuerzas, porque Alegrito no era de merengue.

Cuando traspasaron el lindero del monte y el terreno se niveló, el tío Jorge cedió la carga á su compañero, muy contento de librarse de ella.

—¡Hombre, vaya si pesa!

—¡Ah! ¿Te parece? Lo mismo decía yo, ¡tromba!

Madre Marta los aguardaba impaciente por conocer el resultado de la búsqueda.

Su marido entró respirando fuerte, y dejó al muchacho sobre la cama, pero lo hizo con tan poca destreza que lo despertó.

Alegre abrió los ojos, y frío de terror volviólos á cerrar, tartamudeando:

—¡Oh, usted ya ha venido!

Y quiso ocultar la cabeza bajo las almohadas.

El marino lo detuvo.

¡Era posible! ¡Se sonreía! ¡No estaba, pues, enojado!

—¿Y nada me dice?, murmuró Alegre.

—¿Qué quieres que te diga, hijo mío?

—¿Entonces me perdona?

—No sé que hayas hecho nada malo.

¡Y aquello no era sueño! ¡Era padre Ludovico en carne y hueso!

—Pero di, prosiguió el pescador, ¿por qué no me abrazas como acostumbras cuando vuelvo de viaje? ¿Por qué tienes miedo?

Alegre tendió los brazos exclamando:

—¡Qué bueno es usted!

Fué fortísimo el abrazo, y dulce, muy dulce, el beso del perdón.

Padre Ludovico decía para sí: «¡Qué valen una *Gaviota* ni cien en cambio de no hacer llorar á este buen chico!»

—¡Nada, tromba!, había respondido el tío Jorge, que con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca se marchaba satisfecho á seguir sus interrumpidas tareas. En casa del tío Jorge no sellaban plata.

XXXII

«FLOR DEL AIRE»

Esa mañana el tío Jorge llamó á Alegre.

—Oye, chiquillo, le dijo tomándolo por la barbilla. ¿Qué dirías tú si te ofrecieran otra *Gaviota?*

Los ojos del muchacho brillaron de alegría un instante, sólo un instante, porque al siguiente se apagó ese súbito fulgor.

—No la tomaría, respondió.

—¿Que no? ¡Tromba! ¡Y yo que me creí que le darías las gracias á quien tal hiciera!

—Sí, le daría las gracias, pero no aceptaría.

—¿Y por qué?

—Por no perder otro bote; porque no se hundiera como la *Gaviota.*

—¿Y por qué había de hundirse?

—Porque yo tengo muy mala suerte.

—¿Tú? ¡Hombre, yo habría jurado lo contrario! Pero en fin, suponiendo que se fuera á pique por culpa tuya..., como la *Gaviota*...

El tío Jorge miró á Alegre sonriendo maliciosamente. El muchacho cerró los ojos.

—Bueno; suponiendo que se hundiera, ¿para que crees tú que se han hecho las embarcaciones? ¿Acaso para semilla? Di, ¿aceptarías ó no?

Alegre sacudió tristemente la cabeza.

—¿Y si el tío Jorge, si yo, que tanto te quiero, te lo pidiera como un favor?

—Entonces, quizás; pero...

—¿Pero qué?

—Pero es que la embarcación no sería usted.

—¿Y por qué no había de ser? ¿Me crees tan pobre? Precisamente allí está la *Pequeña.* ¿La quieres?

Alegre sonrió.

—¡Vamos! Está visto, sí la quieres; desde hoy es tuya, ¿eh? Y cuidado con decirme nada, ¿entiendes?

Alegre fijó sus hermosos ojos en el sonriente rostro del marino, como dándole con ellos las gracias, ya que él no quería que se las diera de palabra.

—¿Aceptas?, ¿sí ó no?

—Sí, murmuró el chico.

—Bueno; ahora me das un abrazo fuerte, bien fuerte, y quedamos á mano.

El tío Jorge levantó en peso al muchacho; éste rodeó con sus brazos el cuello del marino y besó con sus frescos labios aquella frente paternal que habían besado los soles de todas las latitudes y las brisas de todos los mares.

El viejo lobo, con dos lagrimones de ternura y de orgullo, posó en el suelo al muchacho. Iba á marcharse dejándolo en posesión del bote; pero dió media vuelta y se quedó clavado.

—Dime, Alegre, ¿cómo la llamarás? Yo la llamaba la *Pequeña,* pero tú puedes elegir otro nombre mejor.

—Sí, sí; déjeme hacerlo, ¿quiere?

—¿Cómo le vas á poner?

—*Flor del aire.*

—*¡Flor del aire!* ¿Por qué así?

—¿No le gusta? Entonces dejémosle el que tiene.

—No, no es eso: es un lindo nombre el que dices, pero ¿por qué prefieres ése, que nada tiene que ver con un bote?

—Si no le gusta...

—¡Tromba con el chico! Te digo que sí, pero ¿por qué lo quieres llamar de ese modo?

—¡Ah! Por... Margarita.

—¿Y qué así se llama ella?

—No, pero podría llamarse, ¿no le parece?

Y los ojos de Alegre buscaban la respuesta en el rostro del marino.

—¡Ya lo creo! Podría llamarse, podría, porque la chiquilla es linda y graciosa como una flor del aire. Conque ya está bautizada tu segunda *Gaviota;* su nombre la traerá suerte. ¡Ah!, dime, ¿cómo te llama á ti Margarita?

—¿A mí? Alegre, no más. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Para bautizarla con tu nombre á mi *Bella Italia.*

—No, no se lo cambie usted.

(Se continuará.)

DEL MOMBASSA AL VICTORIA-NYANZA EN FERROCARRIL, por Carlos Allaud

La construcción del ferrocarril del Uganda realizada por Inglaterra es una obra verdaderamente gigantesca que, aparte de su importancia desde los puntos de vista político, científico y civilizador, y de su utilidad práctica para los fines del comercio, permite recorrer cómoda y seguramente regiones antes de imposible acceso y habitadas por tribus temibles, y realizar de esta suerte uno de los viajes más interesantes así por lo pintoresco de los lugares como por la originalidad de las costumbres de sus pobladores indígenas.

Este viaje ha sido efectuado recientemente por M. Carlos Allaud y el relato que de él ha hecho en la notable publicación parisiense LE TOUR DU MONDE, *tiene todo el interés y todo el atractivo que le prestan las dotes de hombre de ciencia ilustre y de literato distinguido que adornan al autor.*

En la seguridad de que á nuestros lectores han de conocer gustosos el trabajo de M. Allaud, hemos obtenido la debida autorización para publicar del mismo un extenso extracto, ilustrándolo con grabados, reproducción de fotografías por el mismo autor tomadas. (N. de la R.).

El puerto de Kilindini, al Sur de Mombassa

Para comprender el interés que han tenido los ingleses en llevar á cabo la empresa colosal del ferrocarril llamado del Uganda, obra tan costosa como, al parecer, poco remuneradora, basta considerar la geografía física de aquella parte de Africa y la importancia de los intereses que en ella tiene Inglaterra, la cual domina allí en tres protectorados, el de Uganda, el del Este africano y el de Zanzíbar y sus dependencias.

Stanley, que en 1875 visitó el Uganda, vió en seguida el partido que podía sacarse de aquella región y envió misioneros al rey Mtesa, que se convirtió al cristianismo; pero no tardó en estallar una guerra entre musulmanes y cristianos que motivó la expulsión de los misioneros católicos franceses.

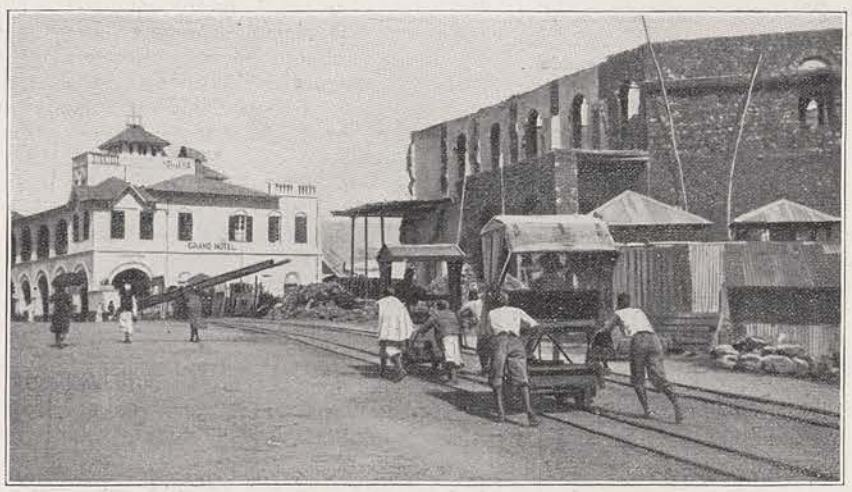
En vista de los disturbios que reinaban en Uganda y de las penalidades y ataques de los mtasis que habían de sufrir las caravanas destinadas al aprovisionamiento y relevo del cuerpo de ocupación, Inglaterra resolvió construir el ferrocarril que había de establecer una comunicación con aquellas lejanas tierras. La obra comenzó en 1896 y cinco años después quedaba terminada la línea entre Mombassa, puerto del Oceano Indio, y San Florencio, población situada á orillas del gran lago Victoria Nyanza; la construcción de este ferrocarril costó seis millones de libras esterlinas y fué en extremo difícil por la carestía de la mano de obra, por los rigores del clima, por el hambre, la peste y los animales feroces.

Las locomotoras no utilizan otro combustible que la leña, tan abundante en los inmensos bosques que el ferrocarril atraviesa; los vagones de mercancías son enteramente metálicos y los de viajeros se dividen en cuatro clases, las dos últimas reservadas á los negros y á los indios.

El trayecto total de Mombassa á Port Florencio es de unos 1.000 kilómetros, que los trenes de viajeros tardan en recorrer 51 horas. Cada una de las cuarenta estaciones tiene telégrafo Morse y hay *dak-bungalows* ó bufetes-hoteles en Voi, Makindu, Nairobi, Nakuro, Muoroni y Port-Florencio; además hay *tea-rooms* en Maji Chumvi, Kiyabé y Londiani. El billete de primera clase desde Mombassa á Port-Florencio cuesta 180 francos; el de segunda, 90; el de clase intermedia 60, y el de tercera 30.

Después de estos pormenores preliminares, comienza M. Allaud el relato de su viaje.

Mombassa, ciudad árabe cuya fundación se pierde en la noche de los tiempos, está construída en una isla poblada de árboles que tiene dos radas, una al Norte, estrecha y poco profunda, en donde está el puerto y la ciudad de Mombassa, y otra al Sur, ancha y honda, en donde está el puerto de Kilindini creado con motivo de la construcción del ferrocarril y en el que hacen actualmente escala los grandes vapores. Ambos puertos están reunidos por un ferrocarril de vía estrecha por la que circulan los *garis*, pequeños tranvías de cuatro asientos empujados por dos negros swahilis, y que corre entre dos hileras de mangas y otros árboles que dan perfecta idea al recién llegado de la magnificencia de la vegetación tropical.



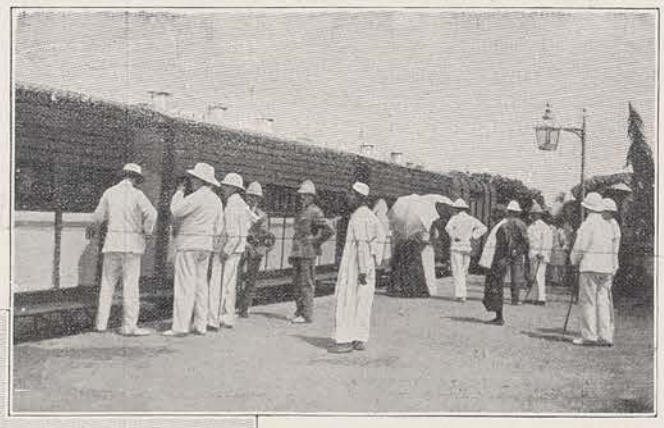
MOMBASSA. – Pequeños tranvías de cuatro asientos *(garis)* empujados por dos negros swahilis. En el fondo, el Gran Hotel

La vieja ciudad indígena, con su antiguo fuerte y sus estrechas calles es muy poco interesante; pero fuera de ella hay una ciudad nueva, enteramente europea, nacida ha poco y que crece con rapidez prodigiosa, desde que se construyó el ferrocarril. En primer lugar, hay el Gran Hotel situado enfrente de la estación ferroviaria, de la que la separa un jardín, en cuya entrada álzase la estatua de sir Eduardo Mackinnon, fundador y primer director de la *Imperial british East-Africa Company* y á quien con razón se considera como uno de los principales fundadores de la Africa oriental británica. En la vía de Kilindini sucédense sin interrupción los edificios europeos que poco á poco se van extendiendo hacia el centro de la isla y entre los cuales merecen citarse la sucursal del *National Bank of India*, la más hermosa construcción de Mombassa, las misiones católica y protestante, la procura de los Padres Blancos, el palacio del gobernador ó *commissioner*, el del *sub commissioner* y el hospital.

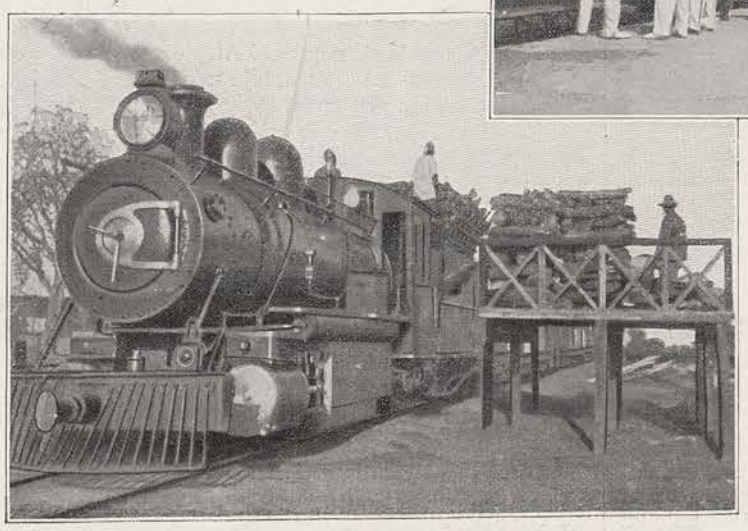
El clima de Mombassa es bastante sano y relativamente fresco sobre todo cuando sopla el monzón Oeste (de mayo á octubre). Los más fuertes calores se sienten en diciembre, enero y febrero y los cambios de estaciones, es decir, de monzones, van acompañados de copiosos aguaceros.

Los indígenas, ó más bien esa síntesis de tipos designados con el nombre de swahilis proveniente de la unión de los mercaderes árabes con mujeres de todas las razas africanas, hablan un idioma bantú, el *ki swahili*, que ha llegado á ser una de las lenguas comerciales más generalizadas, puesto que es entendida desde Zanzíbar hasta el Congo. Vestidos con una larga túnica blanca, sobre la cual suelen llevar un chaleco negro, estos swahilis recorren las calles de Mombassa y las de Zanzíbar buscando trabajo y tienen un aire de suficiencia y de insolencia que al pronto predisponen poco en su favor; sin embargo, valen, por lo general, más de lo que á primera vista pudiera creerse.

El viajero, después de haber desembarcado en Kilindini y de haber pasado por la aduana, en donde todo cuanto se importa paga un 5 por 100 *ad valorem*, puede tomar un *gari* que lo conduce al hotel. Casi en todas las calles de la ciudad y en los caminos de los alrededores hay pequeñas vías férreas para esos vehículos; cuando el pasajero se detiene para hacer alguna compra ó alguna visita, los swahilis quitan el *gari* de la vía, para dejarla libre, y vuelven á colocarlo en ella cuando aquél vuelve á subir.



Estación de Mombassa á la salida del Uganda-expreso



Locomotora del ferrocarril del Uganda

El viajero que quiera hacer el viaje de Mombassa á Port-Floren-

cio, hará bien en proveerse de un *bedding*, delgado colchón de campaña, de sábanas, almohada, mantas y un mosquitero para pasar cómodamente las dos noches que habrá de permanecer en el tren, noches frías, sobre todo la segunda.

A su salida de Mombassa, cruza el tren los jardines del centro de la isla, pasa el puente de Makupa, que une á ésta con el continente y tiene 600 metros de longitud, sube hasta la meseta de Mazeras y desde allí avanza por una llanura seca, en donde vive diseminada la población de los tímidos Wa-Durumas ó Wa-Nyikas, que raras veces se dejan ver y cuyas aldeas se ocultan entre los matorrales. Son una hermosa raza que necesita mucha energía para sacar algo del suelo ingrato en que vive; los hombres visten una sencilla tela anudada á la cintura y en algunos echada luego al hombro; las mujeres llevan una falda corta, se adornan con enormes collares de cuentas de cristal y ostentan taraceas en el pecho y en el vientre.

En la estación de Maji Chumvi, á la que se llega á las cuatro de la tarde, se sirve el te; la siguiente, Samburu, está muy bien situada para el turista que quiera visitar la tribu de los Wa-Nyikas, y después de ella el ferrocarril cruza el árido desierto de Tarú.

Al salir de esa región desolada es un verdadero encanto para los ojos ver las primeras ondulaciones del territorio de Taíta, cubiertas de vegetación y pobladas de aldeas en que viven los Wa-Taítas. El viajero que desea visitar esta tribu ha de esperarse en Voi; desde allí, en una ó dos jornadas, llega á Bura, en donde hay una importante misión de los Padres del Espíritu Santo. De Voi arranca también la nueva carretera por la que, en cinco días, se llega á los puertos alemanes del Kilimanyaro, la famosa montaña que en medio de aquel país tórrido ostenta su cumbre cubierta de nieves.

Después de cenar en el *dak bungalow* de Voi, el viajero cruza de noche la frontera del territorio de los Wa-Kambas, relativamente llano y regado por numerosos afluentes del Athi; en él prosperan muchos cultivos; en cambio, la abundancia de la terrible mosca tsetsé hace imposible la ganadería.

Al amanecer, poco después de dejar la estación de Sultán Hammed, admírase el espectáculo de las grandes llanuras del Kapiti, cubiertas de acacias y pobladas de manadas de cebras, de antílopes, de sicus, de jirafas y de gacelas que apenas se inmutan al paso del tren. Por el contrario, los avestruces, cada vez más numerosos, huyen á toda prisa, en cuanto oyen el ruido del convoy. De cuando en cuando se ve una pareja de leones persiguiendo á un grupo de cebras ó de antílopes, ó un rinoceronte que pasta tranquilamente. En la actualidad, así los rinocerontes como los leones se dejan ver muy poco; los primeros porque se han ido alejando de la vía férrea, los segundos porque no cazan sino de noche.

Aldea kikuyu, cerca de Nairobi. El primer individuo de la izquierda es un guerrero que hace centinela á la entrada del pueblo

Aquellas llanuras son el paraíso de los cazadores; mas no crean éstos que podrán efectuar en ellas las grandes matanzas de otros tiempos, pues para evitarlas se han dictado severos reglamentos, de los cuales unos crean reservas en donde está prohibido el cazar y otros fijan el número de piezas que podrán matarse después de haber pagado el precio enorme del permiso de caza.

La primera estación importante que se encuentra después de cruzar aquellos territorios es la de Nairobi, capital administrativa del ferrocarril del Uganda.

Sir Jorge Whitehouse, que fué quien ejecutó el trazado del ferrocarril y era un buen ingeniero, pero no un artista, sólo por razones de economía escogió la vasta llanura Msai, cruzada por el arroyo Nairobi, para establecer la estación central de la red y sus dependencias. No hay en aquel sitio ni un árbol ni un habitante y por consiguiente, podía obrar allí con entera libertad. La idea de fundar á más de 1.800 metros de altura y casi en mitad del camino entre los dos puertos extremos la residencia de la administración fué ciertamente perfecta desde todos los puntos de vista. El clima es excelente y los funcionarios viven en aquellos parajes en familia, como en Europa, lo que no habrían podido hacer ni en Mombassa ni en Port Florencio, en donde el calor húmedo y los mosquitos pronto habrían dañado sus naturalezas. No se comprende, sin embargo, cómo la población no ha sido construída algunos kilómetros más allá, junto á la frontera del territorio Kikuyu, en donde la vegetación es mucho más rica y la configuración del suelo habría facilitado la salida de las aguas de lluvia, que se estancan de un modo deplorable en la pantanosa planicie del actual Nairobi.

Esa estación, con sus talleres, almacenes y oficinas, tiene gran importancia, y la ciudad misma ocupa una superficie enorme á causa no tanto del número de habitantes como de la diseminación de las viviendas. Lo primero que se encuentra en esa ciudad es la parte denominada *Tintown* (ciudad de la hoja de lata), sobrenombre con que se designa el conjunto de 132 *bungalows*, todos parecidos, uniformemente cubiertos de planchas de hierro onduladas y alineados en seis filas matemáticamente simétricas; esos edificios son habitados por los empleados del ferrocarril, en su mayoría goanais convertidos al catolicismo. A la derecha, hállase Tintown, limitada por la calle Victoria, en donde están las tiendas, fondas, restaurantes, casa-correos, etc.; sigue luego la Casa Consistorial y más allá el barrio indio y el mercado, en donde todas las mañanas se ve el más pintoresco conjunto de tipos de Msais y de Kikuyus.

(Se continuará.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

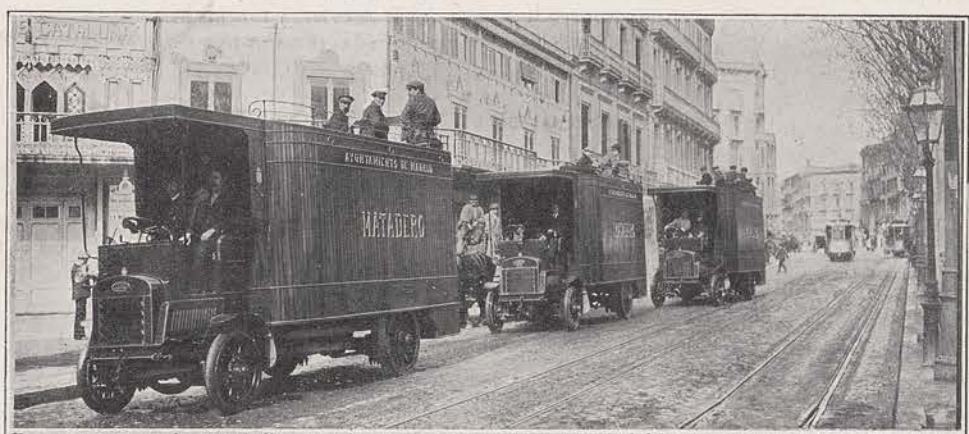
Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Gliptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJANSE el SELLO de la "*Union des Fabricants*", y la FIRMA DELABARRE.
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

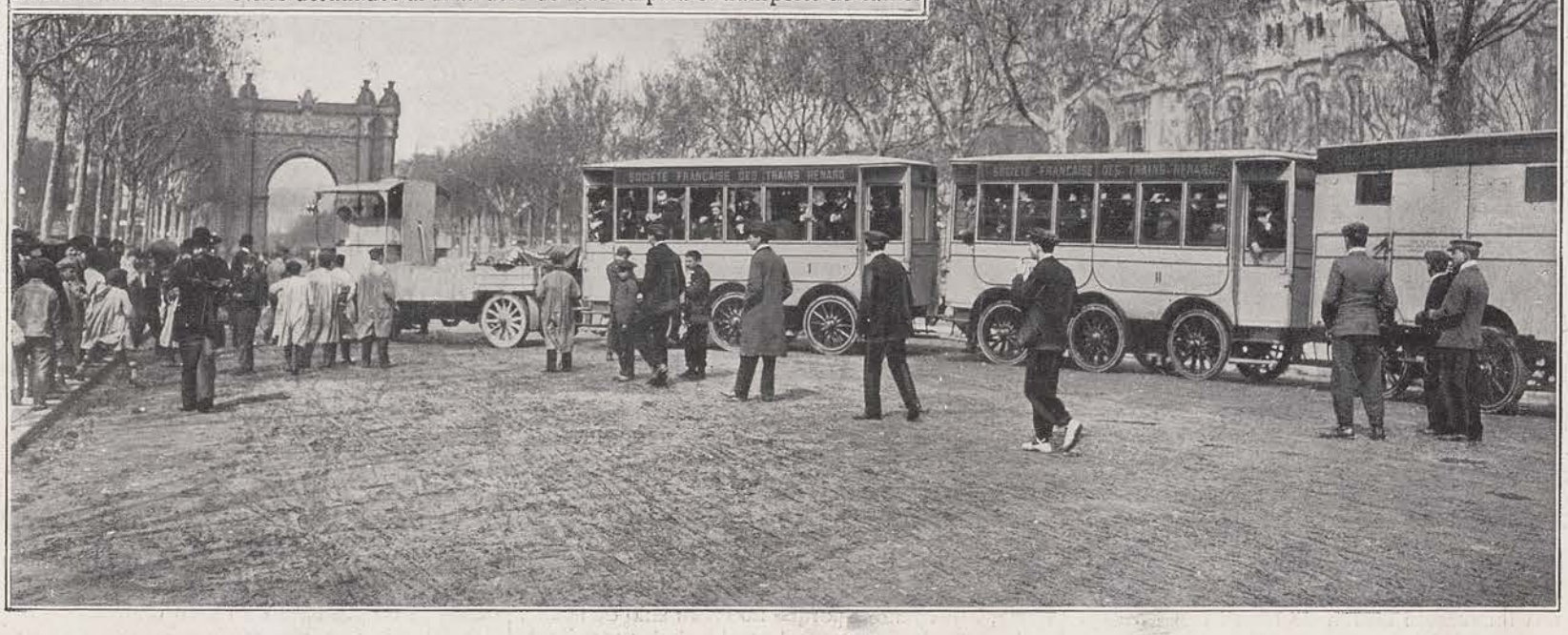
BARCELONA

El tren Renard recientemente ensayado

(De fotografía de A. Merletti.)



BARCELONA. – Automóviles destinados al Matadero de Madrid para el transporte de carnes



Barcelona. — El tren Renard efectuando sus pruebas en el Salón de San Juan

Hace pocos días efectuáronse en esta ciudad las pruebas oficiales del tren Renard. El éxito fué enteramente satisfactorio, pues el convoy, compuesto de la locomotora, un vagón de 1.ª clase, otro de 2.ª y otro de mercancías, recorrió varias calles, algunas sumamente estrechas, describiendo con gran facilidad curvas de corto radio y circunferencias y efectuando el movimiento de marcha atrás con seguridad absoluta.

Lo que caracteriza á su privilegiado sistema de locomoción es la exactitud con que las ruedas de cada uno de los vagones siguen la huella trazada por el motor, lo que se debe á que éste no arrastra á aquéllos, sino que se limita á proporcionarles fuerza, funcionando cada vagón independientemente gracias á un ingenioso mecanismo. Estas pruebas han de completarse con otras que se efectuarán en una excursión de varios días á la alta montaña y para las cuales ha de llegar de un momento á otro un motor más potente que el empleado en los primeros ensayos.

El mismo día que el tren Renard, circularon por las principales vías de Barcelona los cinco automóviles construídos por la sociedad «La Catalana» para el Matadero de Madrid y destinados al transporte de carnes. Son unos vehículos que reunen todas las condiciones necesarias para el servicio que han de prestar y que, honrando á la industria barcelonesa, honran también al Ayuntamiento madrileño, pues constituyen una mejora digna de aplauso y de imitación.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN